

— ¡ Oh! por Dios, Valentín; va usted á hacerse odioso...

— Me callo. He querido solamente probar que yo también tengo una opinión.

— En realidad, dijo Celina, se le puede á usted perdonar que piense mal, con tal de que piense algo propio. ¡ Hay tantos aficionados que manifiestan su entusiasmo con tanto más calor, cuanto menos comprenden lo que dicen que admiran! Prefero un ignorante sincero á un fanático de encargo... Pero Vignot est un hombre de genio.

— ¡ Bueno! Pues no hay más que hablar.

Mientras las escaramuzas de Celina y Valentín tuvieron por campo de batalla la música, la joven se entregó á ellas con toda la franqueza de su naturaleza y no sintió la más ligera inquietud. Había en el tono y en las maneras del conde de Coutras una familiaridad que excluía toda idea de galantería. La mayor parte de estas justas se verificaban delante de Enriqueta. Todo ocurría del modo más cordial del mundo y, por otra parte, Valentín era muy atento con su mujer, tenía para ella mil miramientos y nada hubiera podido hacer pensar que no la amase tiernamente.

Durante cerca de dos años, la situación siguió sin cambio alguno notable. Los condes de Coutras vivieron como todas las personas de su clase, algo más inteligentemente, acaso, por los gustos de

Enriqueta, y con un poco más de fausto, á causa de la generosidad de la señora Mossler. Pero los mismos marcos encuadraban los mismos lienzos. Deauville, durante la semana escogida, con el *yacht* aparejado para hacer excursiones por el mar; el castillo de Sauvigny en la época de la caza, y París en la estación invernal, interrumpida por un pequeño viaje á Cannes, siempre con el *África* en el puerto, á las órdenes de su propietario.

Enriqueta parecía satisfecha de su suerte y Valentín estaba alegre y sonriente, pero aquella felicidad no era sólida ni segura. No existía entre el marido y la mujer un vínculo de afecto, ni una conformidad de gustos, ni un motivo de intereses que les adhirieran indisolublemente. Ella tenía una inteligencia demasiado clara para hacerse ilusiones durante mucho tiempo sobre el valor moral de su marido, y él era demasiado ligero de cabeza para apreciar la noble gravedad de su compañera. Se amaron porque eran jóvenes y bellos y se agradaban; pero aquella ternura no pudo exceder en el hombre de la duración de un capricho ni sobrevivir, en la mujer, á la primera desilusión. Un hijo hubiera modificado profundamente la situación; pero Valentín engañó á su mujer demasiado pronto y ésta se convenció de ello con demasiada evidencia, y, como era orgullosa, dejó á su marido una libertad de la que él no tardó en abusar.

Una noche en que Celina asistía con su marido á la representación de una obra nueva en el *Vaudeville*, hacia el final del segundo acto vió entrar al conde de Coutras en un palco de proscenio ocupado por una hermosa mujer morena que habíá llamado desde el primer momento la atención de la nuera de Eliphás. La joven del palco se volvió distraidamente, como quien no tiene grandes cumplimientos que hacer á un amigo íntimo; ofreció la mano al recién llegado y volvió á fijarse en la escena. Valentín se sentó y se puso á recorrer la sala con los gemelos. Cuando vió á los señores de Clement bajó vivamente su catelejo y se trasladó al fondo del palco. Celina sintió que la sangre subía á su cara y fué agitada por una singular impaciencia. Sin esperar el final del acto, se inclinó hacia su marido y le dijo:

— ¿Has visto al conde?

— Perfectamente.

— ¿Quién es esa mujer con quien está?

— La señorita Adriana Corail, del teatro de Variedades.

— ¿Una actriz?

— Á ratos perdidos...

Celina miró á su marido con asombro.

— ¿Cómo es que estás tan bien informado.

— Hija mía, se puede vivir en los negocios y conocer un poco París. Aun no siendo un hombre

dedicado á los placeres, se sabe, sin embargo, lo que pasa en el mundo. Por otra parte, basta pasearse por las calles para tener noticias de la señorita Corail. Se la ve en los escaparates de los fotógrafos de pies, en busto, sentada, acostada, vestida, desnuda; en todas las actitudes de su vida habitual.

— ¿Y el conde se presenta en público con esa mujer?

— Así parece.

Celina permaneció un momento callada, cogió sus gemelos y examinó con atención á la grave Adriana. Después dijo:

— Es excesivamente hermosa.

— Eso no es una razón.

— Pero, entonces, ¿es su querida?

— Eso se dice y él lo confirma con sus actos.

— ¡Pobre Enriqueta!

— ¡Bah! Con la señorita Corail ó con otra, eso tenía que suceder.

— ¿Por qué?

— Porque no se retiene indefinidamente á un hombre como el tal Valentín por el encanto de la belleza, el prestigio de la inteligencia ó la nobleza de los sentimientos. Su capricho necesita el condimento de lo imprevisto, la sal de la vulgaridad y la pimienta del vicio. Con su mujer el conde de Coutras está obligado á cierto decoro; tiene que contenerse, que vigilarse. Con la Corail se encuentra

á sus anchas y puede desenfrenarse en la orgía canallesca y estúpida. Los hombres son sucios, hija mía; esa es la cuestión.

— Pero tú, Federico, dijo la joven, tú no eres así.

— No se sabe, querida; todo depende de la ocasión.

— ¡Cómo! Monstruo; ¿serías capaz de semejantes abominaciones?

— No digo que lo sería, pero no afirmo que no, lo que es muy diferente... Querida Celina, no se está seguro de que un hombre no hará tonterías más que cuando está muerto.

— ¡Oh! Si das en citarme á Schopenhauer...

— No sé si eso es suyo, pero pudiera serlo.

Algunos días después de esto, á eso de las tres, pasaba Celina por la avenida de Friedland y entró en casa de su amiga, á la que encontró en su saloncillo, con las persianas cerradas y en una semioscuridad. La condesa se levantó al ver entrar á su amiga y arrojó vivamente el pañuelo á un veladorcito que estaba al alcance de su mano. Celina creyó ver que aquel movimiento tenía por objeto ocultar una fotografía y una carta, pero la condesa no le dió tiempo de hacer observaciones y yendo hacia ella, dijo con voz alterada:

— ¿Qué dichosa casualidad trae á usted por aquí?

— He preguntado si estaba usted en casa, me han dicho que sí y he subido. ¿Va usted á salir? La llevaré en mi coche...

— No; estoy un poco delicada. Me quedo en casa.

— Pues es verdad; tiene usted la cara alterada... ¿Le sucede á usted algo de particular?

— No; se lo aseguro.

Y al decir esto, dos lágrimas se deslizaron por las mejillas de Enriqueta.

— ¡Oh! Vamos á ver, dijo Celina afectuosamente; ¿trata usted de engañarme? ¿No me considera su amiga ó no la inspiro confianza? Hace usted mal en ocultarse de mí.

La altiva mujer agitó su rubia cabeza con impaciencia.

— Soy una necia por no haber sabido dominarme mejor. Mis penas son tan personales que no debo cansar con ellas á nadie. Confieso, sí, que son un poco inesperadas y que el golpe que he recibido ha sido muy cruel...

— Pero ¿de qué se trata?

Enriqueta fué al veladorcito, cogió la fotografía y la carta que estaban envueltas en el pañuelo y dijo, entregándolas á Celina:

— Tome usted, amiga mía; mire y lea.

Al primer golpe de vista Celina reconoció el retrato de la Corail. Estaba vestida con una larga

túnica griega muy escotada y abierta desde la cadera, lo que permitía admirar un pecho cuyo atrevido relieve estaba acentuado por la armoniosa actitud de los brazos, levantados hasta la nuca, y una pierna de forma exquisita y terminada por un bonito pie. Debajo se leía : « Adriana Corail, de Variedades, en el papel de Hebe. »

Las dos jóvenes se miraron un instante en silencio. Después Enriqueta sonrió con amargura y dijo :

— Lea usted ahora. No han querido que me hiciera ilusiones.

La carta era el anónimo corriente, cobarde y estúpido, que denunciaba á la condesa las relaciones de su marido con la encantadora cómica ; baja acción de alguna compañera envidiosa del lujo que ella soñaba sin poderlo lograr ; venganza, acaso, de la desesperación de algún amante platónico puesto en la calle por no molestar al generoso Valentín ; veneno, en todo caso, que no había dejado de producir sus efectos.

— Pero, amiga mía, ¿ está usted segura de que esta carta innoble no es un tejido de mentiras ?

— No ; esta carta concuerda con todas mis observaciones y confirma todas mis sospechas. Hace algún tiempo sus maneras y su actitud han cambiado. Tenía yo el presentimiento de que se había interpuesto entre los dos algo de que no me daba

cuenta. Un instinto infalible me lo había revelado todo antes de esta denuncia y podría decir con precisión el momento en que empezó mi desdicha. A pesar de su deferencia, de su amabilidad, que eran las mismas, Valentín me pareció transformado. No era ya el hombre atento y afectuoso de siempre, sino un extraño político y servicial. Ese cambio me dió frío en el corazón desde el primer momento, pero no me daba cuenta de lo que sucedía. Ahora lo comprendo.

— ¿ Y qué va usted á hacer ? ¿ Á pedirle una explicación ?

— Nunca, al menos por mi iniciativa. Hay palabras que me harían enrojecer pronunciándolas delante de él y que me daría horror oír. No tengo carácter para lamentarme y me daría vergüenza dejarme arrebatar por la cólera. Prefiero callarme y aparentar que no sé nada. Acaso de este modo pondré á salvo mi dignidad y esto es algo.

— ¿ Y la señora Mossler ?

— De ella, especialmente, quiero ocultarme : resultaría más afectada que yo misma y es una perfecta mujer, á la que quiero con todo mi corazón. Ha deseado mi dicha ; si no ha podido lograrla, no es culpa suya.

— ¿ Puedo hacer algo en favor de usted ?

— Nada más que guardarme el secreto.

Celina cumplió su palabra y no habló de este

asunto ni á su marido. Pero no se creyó obligada á la misma discreción respecto de Valentín. Un sábado en que éste parecía soportar con más impaciencia que de costumbre una larga disertación de Baradán sobre los deberes del actor respecto del público y respecto de sí mismo, Celina se sentó al lado del conde y le dijo, asestándole sus ojos espirituales :

— ¿No se divierte usted, eh?

— No, francamente. Este buen Baradán que es el hombre más brillante que conozco cuando interpreta las ideas de los demás, es el más pesado del mundo cuando expresa las suyas. Es preciso dejar al actor en la escena y no traerle al salón.

— Si se tratara de una actriz, sería usted más indulgente...

— Á fe mía, creo que no.

— ¡Vamos! Si viera usted entrar de pronto una actriz bonita, por ejemplo, la Corail...

— Valentín, se volvió y dijo, examinando á la joven :

— ¿Y por qué la Corail?

— Porque esa es, me parece, la que usted preferiere.

— ¿Y qué es lo que hace á usted creer eso?

— La asiduidad de usted con ella.

El conde replicó secamente.

— Yo no soy asiduo con esa mujer.

— Entonces ella lo es con usted.

— No la conozco.

Se miraron un instante sin hablar. Después Celina dijo en tono acusador.

— ¡Está bonito mentir de ese modo! Le he visto á usted la otra noche, en el *Vaudeville*, en el proscenio de esa señora. Si quiere usted que no se le vea, escóndase mejor.

Valentín se quedó algunos instantes pensativo y dijo inclinándose hacia Celina :

— Puesto que conoce á la señorita Adriana, ¿ha observado usted cómo se le parece?

La sangre subió á la cara de Celina, que se levantó y replicó en tono burlón :

— Amigo mío, no es usted inteligente en eso. Yo soy mucho mejor que ella.

— Es verdad, dijo tranquilamente Coutras; pero á falta del original, es algo poseer una buena copia...

La joven no respondió; giró sobre sus talones y se alejó.

Aquella noche el cenáculo se había reunido para una sesión extraordinaria, pues estaba anunciado un aliciente que había hecho exactos á todos los amigos de la señora de Coutras. Un nuevo contertulio debía ser presentado que merecía el interés que de antemano se manifestaba por él. Era el célebre explorador del Bornou, el coronel Redel,

ya ilustre por sus servicios en el Tonkín y en el Dahomey. En todas partes donde se abría un campo de batalla, había aparecido Gustavo Redel. Nombrado jefe de batallón á los treinta y cuatro años por su heroica defensa de Nam-Byhn, recibió el grado de teniente coronel en el país de Behanzin. Su infatigable ardor guerrero no se acomodaba á la vida de guarnición y partió destacado al Bornou, donde, después de luchas encarnizadas con los negros lanzados contra él por las intrigas inglesas, dió la vuelta al lago Tchad, exploró el Baghirmi y trajo documentos de inestimable valor.

Era un hombre de treinta y nueve años, de mediana estatura, moreno, de aspecto frío pero cara animada por ojos ardientes y profundos, en los que se adivinaba una alma de héroe. Le presentaba la señora Mossler. Redel era hijo de una de las compañeras de la infancia de aquella señora, emigrada como ella cuando la anexión de la Alsacia, y á la que por mucho tiempo había perdido de vista. El azar de las especulaciones en el Transvaal las había puesto de nuevo en relación y la señora Mossler había tenido ocasión de prestar algunos servicios á su antigua amiga. La señora Redel, muy enferma, vivía de sus rentas en Versalles, en un antiguo hotel, y hacía economías para su hijo.

En el momento en que se presentó en el salón fué evidente que todos los honores de la velada serían para el coronel y que las estrellas ordinarias de la señora de Coutras palidecerían momentáneamente ante aquel astro. La cabeza marcial de Redel curtida por el viento de los desiertos, su bigote, de un negro azabache, cortando su cara con rasgo altanero, y sus miradas, especialmente, llenas de tranquila energía, le conquistaron la atención. La señora Mossler le presentó con la sencillez que exigía su valía, y el coronel estuvo amable sin afectación y habló á cada uno de los artistas presentes como hombre que sabe apreciar el mérito. Como dijo Baradán « no tuvo, absolutamente, el aspecto de un recién llegado de las montañas de la luna ». La única persona por la cual manifestó frialdad fué el dueño de la casa. ¿Fué circunspección deliberada ó involuntaria timidez? Lo cierto es que no supo hacer más que inclinarse ante el conde y murmurar algunas vagas palabras. Valentín, por su parte, tan ligero, tan fácil para expresarse con amabilidades sin importancia por su misma vacuidad, permaneció acompasado y tieso enfrente del coronel. Baradán, á quien Redel acababa de hacer los más vehementes y sinceros cumplimientos, se inclinó hacia Ferraud y murmuró:

— Éste no « encaja » con « el patrón ».

— No, contestó el pintor. El uno tiene demasiada superficie y el otro demasiada profundidad. No pueden concordarse... Pero, mire usted qué buena cabeza de soldado... Haré su retrato si quiere.

— De uniforme, con todas sus condecoraciones...

— ¡ Oh ! ¡ Qué idea de fin de acto ! No, amigo mío: sin galones ni cintajos ; en traje de explorador, con su casco de corcho... La tez curtida como un antiguo cuero de Córdoba debajo del casco blanco ; ¿ bonito contraste, eh ?

— ¡ Un éxito seguro ! ¡ Como el del año en que me retrató usted de Ruy Blas !

Redel, sentado cerca de la condesa, estaba hablando de su última expedición, pero este asunto no duró mucho tiempo, pues por medio de una transición muy hábil cambió pronto de conversación y abandonó aquella en la cual la señora Mossler había querido hacerle brillar. Habló de música con Vignot y emitió con gran sencillez ideas que encantaron al viejo artista. De un salto y sin que nadie se lo pidiera, Vignot se apoderó del piano y se puso á interpretar á Beethoven como él sabía sentir al gran maestro. Después la conversación se reanudó, entrecortada por piezas musicales á modo de comentarios, y el recién llegado se encontró colocado, con toda naturalidad, entre los fieles de la condesa de Coutras

como si les hubiera pertenecido desde la fundación del cenáculo. Se manifestó buen músico y, con un papel puesto sobre las cuerdas del piano, para amortiguar su vibración, tocó algunos aires africanos de chocante originalidad y en los que parecía que una tropa de guerreros, armados de flechas y con sus carcajes de cuero, danzaban cadenciosamente, para distraer al jefe, entre las palmeras enrojecidas por el sol poniente y sobre la hierba de los kral.

Redel volvió asiduamente á casa de la condesa. Aquel salvaje, que huía del mundo y que no hablaba, al principio, más que de su fastidio de estar en París y de su deseo de volverse á marchar, se mostró en los salones de la condesa y aceptó en el ministerio de la Guerra un cargo que debía retenerle en París dos años por lo menos. Dió como pretexto que su madre, vieja y enferma, quería tenerle á su lado y dijo que tiempo tendría para recorrer los desiertos cuando se quedase solo en el mundo. Se le escuchó, sin discutir sus razones, y cada cual creyó lo que quiso. Los que siempre pretenden estar bien informados supusieron que el ministro quería tener á Redel en el Estado mayor general, porque veía en él uno de los grandes jefes futuros del ejército. Los que parecen no saber nunca nada se dijeron entre ellos que el coronel estaba enamorado apasionadamente de la

condesa de Coutras y que no podía soportar la idea de separarse de ella.

Enriqueta siguió viviendo con su hermosa serenidad intelectual, disimulando sus penas, si las tenía, poniendo buena cara á sus amigos, amable é indulgente con su marido y pareciendo haber restaurado, en esta sociedad moderna, tan agitada y tan febril, la antigua y deliciosa quietud epicúrea. El conde Valentín volvió á las locuras de su vida de soltero con tanto mayor empuje cuanto más tiempo se había abstenido de ellas y más economías de buen juicio había realizado.

Acaso un incidente que había disipado toda duda entre Celina y él, contribuyó á aquella vuelta á la mala vida. La guerra que se hacían Celina y Valentín con bastante futilidad para que la joven tuviera el derecho de continuarla sin comprometerse á sus propios ojos, tomó en los últimos meses un carácter sordamente ofensivo que hizo reflexionar á la mujer de Federico. Ya no se creía segura en cuanto á Coutras. El camarada que, buen muchacho, bromeaba con ella, se había convertido en un pretendiente atrevido de palabras y que sólo esperaba una ocasión para pasar á vías de hecho.

Celina comprendió claramente la modificación de intenciones de Valentín y aunque podía acusarse de haber jugado con el fuego un poco más tiempo

del que hubiera convenido, se replegó prudentemente y ya no arriesgó nada. Se acabaron las antiguas conversaciones, escaramuzas corteses á propósito de todo. Puso al conde á cierta distancia y desde el día en que tuvo la impertinencia de decirle que era amante de la Corail porque se parecía á ella, no le habló más que delante de todo el mundo y en alta voz. Dudó hasta si debería romper toda clase de relaciones con él; pero esto hubiera exigido explicaciones á su marido, á su suegro y á la señora Mossler, y causar una nueva pena á la condesa, es decir, escándalo, odios y acaso venganzas por un miserable concepto que no podía tener consecuencia alguna. Retrocedió, pues, juzgándose prudente, pero estuvo tan fría con Valentín, que Enriqueta lo notó y preguntó á su amiga.

— No es nada, respondió Celina. El conde me ha contrariado, le he puesto mala cara y él está enfadado conmigo. Ya se le pasará.

Y se le pasó, en efecto. El enfado del conde no duró mucho tiempo. Lejos de eso, Valentín redobló las demostraciones amistosas respecto de la joven. Afectó hacerla confidencias que ella no solicitaba, pero que la divertían, aunque estaba siempre á la defensiva y temiendo una vuelta á las hostilidades. Jamás le permitía instalarse á su lado y sus conversaciones se verificaban siempre

en pie. Había, sin embargo, un asunto que interesaba mucho á Celina y respecto del cual, si se hubiera atrevido, hubiera hasta estimulado al conde. Una noche, en que el coronel Redel estaba en el salón, muy ocupado en hablar con la condesa, Valentín se aproximó á Celina con aire de enfado, y se despidió de ella. La mujer de Federico pareció asombrada.

— ¡Cómo! ¿se va usted de su casa teniendo gente en ella?

— ¿Cree usted que habrá quien observe que no estoy?

— La condesa, al menos, lo notará.

— ¿Cree usted? Sus ojos están muy bien ocupados en otra parte.

— ¿Qué significan esas palabras?

— Pues nada que no pueda ver usted misma.

Y con la mirada señaló á su mujer y al coronel.

— ¡Oh! Merecía usted que eso fuera cierto, exclamó Celina.

— Muchas gracias.

— Ha hecho usted todo lo necesario para ello... Pero tiene usted una mujer demasiado honrada.

— Las mujeres empiezan todas por ser honradas.

— Excepto las que usted trata, que son bribonas de nacimiento.

— ¿Lo dice usted por aquella pobre Adriana

Corail? Pues está usted en un error; ya me importa poco.

— ¿La ha dejado usted?

— El día siguiente de haberme usted indicado que mi capricho por ella la disgustaba.

— ¡Oh! Usted está loco. ¿Qué me importa á mí que se arregle con esa muchacha ó con otra de su especie? Lo que me desagradó fué la impertinencia de usted y eso es lo que me desagrada de nuevo. En verdad, su criado debe estar mejor educado que usted.

— ¡Adiós! Ya está usted otra vez atropellándome... No tengo suerte con usted. Cualquiera cosa que diga ó que haga, me juzga mal.

— Por que no dice usted ni hace más que inconveniencias.

— Buenas noches, señora.

— ¿Adónde va usted?

— Al círculo. Ese trovador del desierto me fastidia.

— Va usted á ponerse en ridículo. Quédese.

— ¿Será usted buena conmigo?

— ¿Qué es lo que entiende usted por eso?

— ¡Oh! Poca cosa; darme el derecho de abrirla mi corazón.

— Váyase usted al círculo y abra allí su corazón al mozo de la sala de juego.

— Me voy.

Diferentes veces volvió Valentín á hablar con Celina sobre este asunto, muy nuevo, de la irritación que experimentaba por la asiduidad de Redel cerca de la condesa y de la acentuada simpatía que ésta expresaba al coronel.

Celina, un poco impaciente, le dijo :

— Deje usted eso ya. Es usted ridículo con sus prevenciones. Enriqueta y el coronel son dos espíritus puros. No se ocupe usted más de ellos.

— Entonces distraígame usted.

— No sabría.

— Yo la enseñaré.

Celina le dejó, enfadada, una vez más y no le habló en ocho días. La semana siguiente, Federico Clement y su mujer, fueron invitados al palco de la señora Mossler en la Ópera, donde se daba la primera representación de *Lohengrín*. El banquero, que tenía ese día una importante liquidación que terminar, pidió á su padre, que había comido en su casa, que acompañase á Celina, y prometió ir á buscarla á las once. El señor Eliphas, que no estaba vestido para ir á la Ópera, subió hasta el primer piso con su nuera, preguntó á la acomodadora si la señora Mossler estaba allí y asegurado de que el conde y la condesa de Coutras ocupaban el palco, con Vignot, hizo abrir la puerta, se despidió de la joven y se marchó.

Valentín se levantó para ir á ayudar á Celina á

quitarse el abrigo en el antepalco vasto y oscuro. En el palco la condesa y Vignot hablaban; la orquesta, en su puesto, no esperaba más que la señal de comenzar. El público estaba recogido y atento.

— Así se hace, venir temprano, dijo Valentín.

— La representación vale la pena, respondió Celina, y al mismo tiempo dejó deslizarse su abrigo y descubrió sus finos hombros, más blancos que nunca por el contraste que ofrecían con un cuerpo de terciopelo negro. Se puso frente al espejo y con la punta de los dedos enderezó una pluma de su tocado. Ya se volvía, cuando vió, reflejada en el espejo, la cara ardiente del conde que se inclinaba hacia ella. La joven permaneció inmóvil, estupefacta, y en el mismo momento sintió que en su espalda, debajo de la nuca, se posaban los labios de Valentín con una sedosa caricia de su bigote. Sin proferir ni un grito, sus dientes se apretaron, cogió el abanico de encima de la consola y con ademán furioso quiso pegar con él al audaz en la cara, pero el conde paró el golpe y el abanico se partió con ruido seco. La señora de Coutras y Vignot volvieron la cabeza, á tiempo que la joven entraba ya con los dos pedazos de su abanico en la mano.

— ¿Qué le sucede á usted, amiga mía? preguntó la condesa un poco inquieta.

— El torpe de su marido de usted acaba de poner el pie sobre mi abanico.

— Usted me permitirá, dijo Valentín con aplomo, enviarla otro mañana, para reparar mi torpeza.

— No; no quiero nada de usted.

— Entonces, dijo la condesa, acepte este mío. Y ofreció á la mujer de Federico un magnífico abanico Luis XV, pintado por Boucher y cuyo mérito artístico era inestimable.

— Guárdelo usted, amiga mía; muchas gracias, dijo la joven con alguna aspereza; reparar así las tonterías del conde sería incitarle á cometer otras nuevas.

La señora de Coutras miró á su amiga, movió melancólicamente la cabeza y dijo, repentinamente entristecida:

— Celina, no debe usted quererme mal por las culpas del conde.

La mujer de Federico sonrió, aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas, y cogiendo la mano que la condesa le ofrecía, contestó:

— Tiene usted razón, mi querida Enriqueta; deme usted el abanico.

Aérea, profunda, misteriosa, la orquesta prelu-diaba ricas armonías. Las dos mujeres se callaron con recogimiento; Valentín, detrás de ellas, se recostó en el respaldo del sillón y se dispuso á dormir.

IV

Hasta el día en que se le apareció la señora de Coutras, el coronel Redel había vivido solamente para su carrera. Era soldado por temperamento y no pensaba más que en el ejército ni comprendía satisfacción superior á la de mandar sus tropas frente al enemigo. Alistado como voluntario á los diez y seis años, hizo toda la campaña de Francia en el ejército del Loira y ganó los primeros galones en la batalla de Coulmiers. En la retirada de Vendome obtuvo la medalla militar; en el Mans el grado de oficial, y cuando se firmó la paz en Burdeos era subteniente y el único que había quedado vivo de todos los oficiales de su compañía. Su conducta, en todos los hechos de armas en que tomó parte, le valió tantas honrosas menciones, que la comisión de revisión de grados tuvo que respetar la charretera de aquel oficial de diez y siete años.